

Hacer accesible el Evangelio del Reino hoy

Enzo Biemmi¹

Resumen

La crisis del coronavirus ha puesto de manifiesto que no nos encontramos ya en un contexto de “sociedad parroquial”. Esta crisis y su impacto en la vivencia del cristianismo se ha unido a la situación previa de secularización. Sin embargo, estas dos crisis pueden ser vividas a la vez como una oportunidad. Este artículo aborda esta doble situación en tres partes. La primera presenta el desafío que proviene del final del cristianismo social; la segunda analiza el desafío proveniente del Coronavirus; y la tercera considera cómo podemos servir y sostener algunos procesos que ya se han iniciado justamente dentro de estas dos situaciones.

Palabras clave

Evangelizar, crisis, coronavirus, secularización

¹ Enzo Biemmi es religioso. Pertenece a la congregación de Hermanos de la Sagrada Familia. Estudió catequética en el Instituto Católico de París (ISPC). Expresidente del Equipo Europeo de Catequesis.

Introducción

Un minúsculo granito de arena llamado Covid ha atascado la máquina, poniendo de manifiesto las inconsistencias y los desequilibrios que ya estaban presentes, a todos los niveles de la vida humana, personal, familiar y social. La máquina eclesial no ha sido la excepción. Desde el primer confinamiento, el granito de arena interrumpió la cadena de transmisión. Clausuradas las celebraciones, suspendidas las catequesis, aplazadas hasta nueva fecha las celebraciones de los sacramentos. Alcanzado de lleno en el año litúrgico el triduo pascual. Probamos a resistir, intentamos reemprender, estuvimos a punto de rendirnos. Ciertamente, tan pronto se produjo un respiro, las parroquias “recuperaron” las primeras comuniones y las confirmaciones pendientes, restablecieron la pastoral sacramental y poco más. Pero resulta difícil ver hoy a los niños y jóvenes en nuestras celebraciones. El virus también se ha encargado de eso, de hacer de barrerero. Si es cierto que una tercera parte ya no ha vuelto a misa (a pesar del “hambre” de eucaristía proclamada por una cierta retórica eclesial) esto quiere decir que esta interrupción está haciendo que sea cierto: la adhesión a la fe “por tradición” tiene los días contados.

El Papa Francisco nos ha dicho: “Peor que esta crisis sería sólo el drama de desaprovecharla”. Y, por tanto, aunque tengamos que pagarlo a un alto precio, un tiempo de gracia, el final de un mundo será, si no nos echamos atrás, el inicio de una estación nueva. No tanto una nueva estrategia, sino de un nuevo cristianismo y de una nueva Iglesia, nada menos. De una Iglesia puesta a prueba no sobre el mantenimiento de las estructuras y de sus programas, sino sobre su capacidad generadora. Sobre su capacidad de asumir, en términos nuevos, el compromiso que constituye su identidad: evangelizar, hacer disponible para todos, el Evangelio del Reino de Dios.

Ahora bien, en esta situación toda nuestra atención está justamente centrada sobre la pandemia y, en cuanto nos concierne, sobre sus consecuencias en lo relativo a nuestras actividades pastorales y de anuncio.

Pero este evento dramático corre el riesgo de ofuscar otro que nos atañe, otra crisis en la cual estamos inmersos desde hace tiempo. Desde hace

algunos años y no solamente desde marzo de 2019, nos encontramos en el centro de otro cambio más profundo, el del final del cristianismo social, de la secularización de las mentalidades y de los estilos de vida, crisis más silenciosa pero más radical que la pandemia.

Desde el país más ateo de Europa, el teólogo checo Tomáš Halík interpretaba las iglesias vacías durante el confinamiento como un signo y un desafío proveniente de Dios, una especie de amonestación por aquello que en tantas partes de Europa es ya un hecho: dentro de pocos años – escribía – las mismas podrían aparecer igualmente en gran parte de nuestro mundo, incluso aquí entre nosotros, si no se lleva a cabo un serio intento de mostrar al mundo un rostro del cristianismo completamente nuevo.

La tarea de anunciar el evangelio está puesta a prueba por estas dos crisis y no solo por el Covid. Y ahora ya lo sabemos: ni la secularización ni el Covid serán un paréntesis. Ambos han cambiado y cambian irreversiblemente nuestro mundo. Paradójicamente, no obstante, en lo que nos concierne como Iglesia, pueden convertirse en inesperados aliados, como cuando el Señor mandó a Ciro rey extranjero a liberar a los israelitas cautivos en Babilonia. Porque nos obligan a hacer por necesidad aquello que, hasta hora, no habíamos sido capaces de hacer por virtud: detenernos, dejar de lado algunas cosas, poner en marcha procesos nuevos.

Nosotros nunca habríamos interrumpido nada si la pandemia no nos lo hubiese impuesto y en consecuencia no habríamos visto otra cosa más que aquello que estábamos haciendo, con pequeños retoques, desde hacía años.

De esto intento hablaros, de estas dos crisis que debemos interpretar como signos de los tiempos y de la voluntad de Dios. Divido mi presentación en tres puntos: el primero se refiere al desafío que proviene del final del cristianismo social; el segundo corresponde al desafío proveniente del Coronavirus; en el tercero trato de decir cómo podemos servir y sostener algunos procesos que ya se han iniciado justamente dentro de estas dos situaciones.

1. El desafío que se deriva de la secularización

El primer desafío es el de la secularización. Me refiero en particular, para quien pretenda profundizar el tema, a la reflexión del teólogo jesuita Christoph Theobald², que retomo en 5 puntos.

1. En los países europeos hemos asistido a la regresión cada vez más visible de la “sociedad parroquial”, hasta tener que hablar, para amplias zonas, del fin de dicha sociedad. La expresión “fin de la sociedad parroquial” es muy fuerte y quiere indicar hasta qué punto ha finalizado la inscripción social y territorial del cristianismo propia de la parroquia post-tridentina. Se acabó el cristianismo social. Más que una reflexión es una constatación³. Dicha constatación viene acompañada, al menos en lo que a mí me concierne, por la convicción de que no se trata del fin del cristianismo, sino de un determinado cristianismo, no del fin del mundo sino de un cierto mundo⁴. Por supuesto, podremos decir que esto no corresponde a Italia. En un área europea reducida, la mediterránea a la que se suma como excepción geográfica Polonia, parecería que la forma del cristianismo social continúe y resista más allá de cualquier previsión y que la parroquia tenga aún buenos tiempos ante sí. Así pues, Italia sería una feliz excepción. En verdad hemos comenzado diciendo que el sur de Italia es una excepción, con respecto al centro norte ya actualmente secularizado. Como observa ingeniosamente Mons. Erio Castellucci, obispo de Módena, a este paso, ¿en qué isla del Mediterráneo nos veremos obligados a buscar, en breve, las huellas del cristianismo sociológico? El cristianismo social en Europa retrocede como los glaciares de nuestras montañas. La reacción de las diversas iglesias europeas a partir, sobre todo, de los años 80 ha sido dedicar todas las propias energías a la recomposición del territorio eclesial,

2 C. Theobald, *Urgenze pastorali. Per una pedagogia della riforma*, EDB, Bologna 2019.

3 Theobald cita el caso del departamento de Creuse, perteneciente a la diócesis de Limoges. Contaba con 270 parroquias en 1989, después del Sínodo de 1985, se vieron reducidas a 6. Cfr. Theobald, *Urgenze pastorali*, 88.

4 Sobre este punto se muestra particularmente lúcido A. Fossion, *Il Dio desiderabile. Proposta della fede e iniziazione cristiana*, EDB, Bologna 2011.

según dos estrategias: la de la acomodación y la de la superación⁵. Italia no es una excepción.

2. Segundo dato: el final de la distinción entre países evangelizados y países de misión, distinción implícita a la estructura parroquial post-tridentina que hoy ha perdido toda incumbencia. Europa ya es un país de misión, lo mismo o quizás más que África o Asia. Theobald cita el famoso libro de 1943 “La France pays de misión”⁶, recordando cómo el cardenal arzobispo de París Emmanuel Suhard, que lo recibió de los dos sacerdotes autores, durante la noche sucesiva sufrió un shock espiritual, porque sabía ya algunas cosas, pero no era consciente de ello hasta tal punto. En aquel texto se mostraba cómo, en ambiente obrero, la Iglesia ya no tenía crédito alguno y no despertaba ningún interés: era percibida como irrelevante con respecto a los problemas de la vida. Y en el mismo texto, en varias ocasiones, se afirmaba que la parroquia no estaba estructuralmente concebida

5 Theobald, *Urgenze pastorali*, 30–33. Theobald define así las dos estrategias:

a. La acomodación (*accommodement*). Consiste en aceptar la desculturación del cristianismo en Europa apostando sobre su crecimiento y vitalidad en otros continentes. Aquí uno se contentaría con un “pequeño resto” más evangélico, con un papel contra-cultural de testimonio de otro modo de vivir (desplazando el clero de otros continentes, asumiendo formas tradicionales de resistencia). No se trata entonces de reformar la figura clásica del catolicismo, ni de cuestionarse sobre la identidad cristiana. La expresión de la fe, de hecho, es igual desde siempre y en cualquier lugar. Esta estrategia de acomodación permite desdramatizar la desculturación del cristianismo de Europa y elegir el cuestionamiento radical apropiado por tal situación.

b. La superación (*dépassement*). Dos motivos hacen pensar que el catolicismo europeo desempeña un papel insustituible en la polifonía de las iglesias locales. Es el único en tener una memoria suficientemente larga para aceptar el análisis, incluso la diálisis histórica, el único capaz de aceptar una mediterraneización del cristianismo como condición de su inculturación en otras culturas. Además, es el único en tener la experiencia de una convivencia con la modernidad crítica. Esta modalidad considera no resignarse a la desculturación del cristianismo en Europa contentándose con una afirmación contra-cultural de la identidad católica, porque esto acelera la folclorización. Esta postura es más compleja que la precedente y acepta una revisión del cristianismo descendiendo a aquellos “lugares” elementales de la existencia humana y social donde nacen nuestras convicciones. Es el único modo para hacer la fe cristiana creíble y asumible. Lo cual requiere una estrategia pastoral aún por inventar.

6 H. Godin – Y. Daniel, *La France pays de mission?*, Editions de l’Abeille, Lyon 1943.

para anunciar el evangelio en aquel mundo. Iba bien para los ya tradicionalmente creyentes, no tenía la estructura de la misión, y eran dos párrocos quienes debían admitirlo, dos párrocos que amaban la parroquia. La parroquia era una forma “desculturada”, entendiéndose por esta expresión que había desaparecido en las grandes ciudades y en las áreas laborales de la cultura sobre las cuales se había apoyado hasta una época reciente. Al leer aquel texto no podemos dejar de pensar en otro, italiano: el lúcido y despiadado análisis de Don Lorenzo Milani, con fecha de 1958, en su texto “Experiencias pastorales”⁷. Son dos textos cercanos en el tiempo, en dos áreas europeas profundamente diferentes. Como siempre, alguno ve mientras otros no perciben mínimamente aquello que está sucediendo⁸.

3. La conciencia eclesial en Europa, dice Theobald, no ha sabido integrar esta mutación, el que haya finalizado, es decir, la distinción entre dos zonas, una cristianizada y la otra en vías de cristianización. Prueba de ello es el hecho de que la recepción del Concilio se ha focalizado sobre el díptico *Lumen Gentium – Gaudium et spes*, sin interesarse, hasta hoy en día, por el decreto sobre la actividad misionera *Ad Gentes*. Considero esta afirmación muy perspicaz.

4. Theobald afirma que es necesario “repatriar la misión hacia el interior (conforme *Ad Gentes*), reformulando tres polos: el Evangelio del Reino a ser anunciado a todos”; el contexto social y espacial de su recepción, que se ha vuelto complejo debido a la actual diversificación cultural; la forma de Iglesia adecuada para que el Evangelio resulte disponible para todos. Toda su propuesta revisita y pone en relación estos tres polos, que constituyen las referencias para una reconsideración valiente del testimonio cristiano en un determinado lugar.

7 L. Milani, *Esperienze pastorali*, Editrice Fiorentina, Firenze 1957.

8 Es muy significativo el comentario que Lorenzo Milani hace en su texto *Experiencias pastorales*, exponiendo las fotografías de los años 40 que muestran la procesión del *Corpus Domini*. “Pero el grupo de hombres que sigue al Señor no es la parroquia, es sólo una iglesita sin peso. La parroquia disfruta del espectáculo y se mantiene a la debida distancia. Idéntico es el pensamiento de los dos sacerdotes en procesión: el 93,2% ovejas que quedan fuera. Pero diversas son las oraciones: Coadjutor: Perdónales porque no están aquí contigo. Capellán: perdónanos porque no estamos allí con ellos”. (El capellán era él, Lorenzo Milani).

5. La referencia simbólica de la cual partir está contenida para Theobald en el texto de Lc 10,2 y paralelos: “La mies es abundante pero los operarios pocos. Rogad pues al dueño de la mies para que envíe operarios a su mies”. Desplazando nuestra mirada y poniendo en crisis nuestras oraciones de las jornadas vocacionales, Theobald muestra cómo Lucas funda la misión de Jesús sobre la abundancia de aquello que ya ha madurado, y que espera ser recogido por aquellos que el señor de la mies envía. Ya ha madurado, ya está allí, nos precede. Lo que falta no es la mies, no son las personas interesadas en el Evangelio, son los operarios que están todos ocupados en custodiar la propia casa⁹. La misión se basa sobre la presencia de Dios en el corazón de las personas, presencia ya en acción. Lo que escasea no es la presencia de Dios en la gente, sino los discípulos que la sepan ver, interceptar, servir con su testimonio.

Aquí se encuentra, según Theobald, toda la perspectiva de *Evangelii Gaudium*, la Iglesia en salida, perspectiva que es la recuperación del Concilio Vaticano II pero reformulada con respecto a un nuevo contexto¹⁰. Repensar la evangelización hoy quiere decir antes que nada esto: estar gustosamente en un contexto ya no cristiano por tradición, y hacer disponible, para todos y todas, el evangelio, asumiendo una forma de iglesia que en sí misma hable de este evangelio.

2. Las llamadas que nos vienen de la pandemia

Una teóloga italiana, Stella Morra, dice que el tiempo que estamos viviendo es como una marea baja, que ha dejado emerger lo que se encuentra en los fondos marinos. Junto con tantas bellezas escondidas en el mar, que nunca habíamos apreciado, han aparecido las porquerías, los vidrios rotos, las botellas de plástico, los neumáticos, las basuras. El Covid nos ha hecho ver aquello que anteriormente no veíamos. Cuanto más cercanos nos hemos sentido a la enfermedad,

9 El Papa Francisco diría “a peinar la oveja que se ha quedado en casa mientras las otras 99 están afuera”. “¿Eres un pastor de ovejas o te has vuelto uno que está “peinando” la única oveja que se ha quedado?” Papa Francisco, *Homilía en San Giovanni Laterano*, 12 de junio de 2015.

10 C. Theobald, “Annuncio del vangelo e riforma della Chiesa”, en C. Theobald, *Fraternità*, Qiqajon, Magnano 2016, 13-55.

al dolor nuestro y de nuestros hermanos y hermanas, a la misma muerte, tanto más hemos identificado y desenmascarado aquello que no merece nuestra confianza, que no da felicidad, que nos aturde y crea ilusiones. Pero, por otra parte, el Covid ha hecho emerger tanto bien, ha liberado energías enterradas, ha activado gestos de humanidad y de fe en personas y lugares que no imaginábamos. El Papa Francisco nos ha dicho que este es pues “un tiempo de elección” para comprender aquello que cuenta y lo que pasa, para separar aquello que es necesario de lo que no lo es¹¹.

¿Sobre qué nos sentimos interpelados en nuestra misión con respecto a lo que está sucediendo y que ha marcado el final de un mundo, el “cambio de época” de que nos habla Francisco? Intento expresarlo con dos breves testimonios.

El primero proviene de una reciente encuesta realizada en el territorio de la diócesis de Venecia, estudio que intentaba comprender qué efectos ha provocado el Covid en las personas y las comunidades eclesiales. Uno de los entrevistados se expresa así: “Lo que me ha impactado es que, suprimido el rito del domingo, la catequesis, etc., ¿qué es ser cristiano hoy?”. Por lógica, la frase debería haber sido: Lo que me ha impactado es que, suprimido el rito del domingo, la catequesis, etc., ¿qué queda de la pastoral? En cambio, quien escribe nos remite al fondo de la cuestión: qué queda del cristianismo. Ser cristianos hoy consiste en estas cosas: ritos, doctrina, etc. ... Es en este cristianismo en el que hemos sido educados y el que continuamos inconscientemente transmitiendo. Pero cuando la tempestad pandémica ha derribado estas expresiones, ¿qué ha quedado, no solamente y no tanto de las propuestas pastorales, sino del cristianismo mismo? ¿Qué ha demostrado ser la fe cristiana? ¿Qué ha aparecido en los fondos del cristianismo en el momento de la bajamar del coronavirus? El rey ha aparecido desnudo. Es la figura misma de la fe, tal y como la hemos heredado y como continuamos transmitiéndola, la que se ha evaporado en cuanto se ha visto privada de algunas de sus expresiones tradicionales. Se ha hecho evidente hasta qué punto es grande el vacío, en las personas, en las familias, en las comunidades eclesiales.

11 Papa Francisco, Plaza San Pedro, 27 de marzo 2020.

La imagen de la fe cristiana al servicio de la cual está nuestra estructura pastoral ha demostrado estar fuera del tiempo y fuera del espacio. Algunas características de esta imagen del cristianismo son: su dependencia clerical, la oferta de una religiosidad sacral, suprimida la cual ha aparecido hasta qué punto es escasa la capacidad de interpretar la vida y de afrontarla a la luz de la esperanza cristiana.

Lo que se ha necesitado, es aquello de lo que la actual máquina pastoral eclesial ha demostrado carecer. ¿Recordáis la carrera por las mascarillas y los geles desinfectantes? No se encontraban. Análogamente, la iglesia no disponía de aquello de lo que la gente tenía extrema necesidad.

El laicado se encontró desprovisto (salvo excepciones de algunas élites) en su vida de fe bautismal sin la tutela del clero; la falta de las misas y de los catecismos (que ocupan la gran parte de la propuesta de las parroquias) dejó ver el vacío respecto a la urgencia de una religiosidad de lo cotidiano, de una espiritualidad básica.

En definitiva, la pandemia puso en evidencia cómo el modelo actual está todavía estructurado para sostener por parte de una iglesia clerical la vida religiosa de una sociedad de cristiandad, y no se halla en grado de ser una presencia y una oferta significativa de evangelio dentro de una cultura secular en vistas a un modo secular de estar en el mundo inspirado en el evangelio.

El segundo testimonio es conocido, es el del obispo de Pinerolo Derio Olivero.

“Para comprender lo que nos está diciendo este tiempo hago, en primer lugar, referencia a mi experiencia como enfermo de Covid. Hubo un momento, de dos otros días, en el cual me encontré muy cerca de la muerte. Sentía que me estaba muriendo – y, luego, los médicos me confirmaron que el riesgo fue muy alto – y percibí la muerte como un momento en el cual todo, pero todo, se evaporaba. Hasta el mismo cuerpo se iba evaporando, pero se evaporaban también las muchas cosas que hacía, los muchos proyectos que tenía en mente, las cosas de la vida. Y, en este evaporarse solamente dos cosas quedaban a salvo, dos cosas que por tanto eran el verdadero yo, mi núcleo duro, mi identidad: una

gran confianza, que yo como creyente llamo confianza en Dios, es decir la certeza de una presencia, y los muchos rostros queridos con quienes he establecido relaciones. Estoy convencido de que, en esta experiencia personal esté contenida una verdad universal”¹².

Este testimonio es iluminador y se ve confirmado por cuanto ha sucedido en tantas personas. Desmoronada la estructura tradicional construida en torno a espacios y gestos sagrados, han aflorado del fondo dos exigencias fundamentales, que nos ilustran sobre lo esencial, sobre aquello que necesitamos verdaderamente: la búsqueda de espiritualidad y las relaciones. Es preciso dar al término espiritualidad, así como ha surgido en tantas personas, un sentido amplio y preciso al mismo tiempo. Se ha hecho sentir una insistente demanda que tiene que ver con la confianza en la vida, con la esperanza de que la enfermedad y la muerte no tengan la última palabra (la “fe elemental”, como la llama Theobald). Para alguno, esta búsqueda ha tomado el nombre de fe, de confianza y abandono en Dios, de certidumbre de que estamos custodiados por Él y no abandonados a nosotros mismos (la fe confesante). Esto es lo que la gente ha pedido a la Iglesia, explícitamente o implícitamente: espiritualidad. Y luego, las relaciones, limitadas, heridas o incluso interrumpidas. Las mismas han reaparecido prepotentemente como esenciales en sus dos dimensiones: fraternidad y solidaridad.

Más allá de la contingencia de cuanto ha sucedido, es necesario ser conscientes que éste es el único cristianismo que puede tener futuro y por tanto el único que estamos llamados a vivir y testimoniar. El coronavirus ha mostrado la no pertinencia de lo que se está haciendo y ha hecho emerger que existe algo subterráneo que aspira a tomar forma. Un cristianismo secular, “que libera a la religión de los espacios sagrados, entendidos como espacios cerrados, separados, habitando el mundo entero como espacio de Dios... y una espiritualidad de la relación, de la proximidad, para una Iglesia que quiera ser signo del evangelio que profesa” (de la encuesta de Venecia).

12 C. Theobald, *Urgenze pastorali. Una rete di complici per assetati di novità*, Effatà Editrice, Bologna 2020, 11-12.

Tan solo estas dos cosas se mantienen: la confianza en la vida, que para los creyentes se llama fe, y las relaciones, que para los creyentes se llama “ágape”, caridad, en su doble acepción de comunión y compasión, de relaciones recíprocas y de proximidad con quien se halla golpeado por la vida.

Tened bien en cuenta: estas dos exigencias provienen ya sea de la cultura secularizada, o bien del drama de la pandemia. Son verdaderamente signos de los tiempos.

3. Al servicio de cuanto ha surgido

Así pues, algo esencial ha surgido de las dos crisis que hemos presentado y algunas respuestas han comenzado a ocuparse de ello. A partir de aquí, es cómo podemos repensar algunas orientaciones sobre la tarea de la evangelización.

3.1. En la relación con quien no frecuenta. Todos los no practicantes

Una primera actitud nos llega del desplome de una de nuestras representaciones más antiguas respecto de quien es cristiano y quien no lo es. Me refiero al final de la distinción entre practicantes y no practicantes y por tanto a la necesidad de repensar nuestra idea de creyentes¹³. Esto es el primer “signo de los tiempos” que se deriva de estas dos crisis. El contexto secularizado ha hecho aumentar el número de bautizados no practicantes. Pero en el tiempo del confinamiento se ha producido una situación singular: de golpe nos hemos encontrado todos como no practicantes. Se prohibieron las celebraciones. Cierto, situación temporal, pero aun así muy reveladora.

Ahora bien, hemos estado habituados a considerar la adhesión a la comunidad cristiana y a la fe como círculos concéntricos, aquellos que a los sociólogos les gusta enviarnos a intervalos regulares con porcentajes cada vez más inquietantes: los no creyentes, los alejados que han roto las relaciones con la iglesia, los ocasionales o in-

13 Véase sobre este particular el estimulante texto de V. Le Chevalier, *Credenti non praticanti*, Qiqajon, Magnano 2019.

termitentes que aparecen en algunos momentos de la vida (bautismos, matrimonios, funerales, misa de Navidad...), los practicantes regulares que vienen a misa el domingo con una cierta frecuencia, los comprometidos o devotos que se implican en las actividades de la comunidad. Pero estas distinciones en nuestro imaginario han conllevado siempre otra más: hay quien es más cristiano y quien lo es menos. En nuestra mente el criterio último y de hecho exclusivo para evaluar la fe de las personas es la práctica. Hemos transformado un criterio sociológico de tipo cuantitativo en un criterio teológico de juicio cualitativo sobre la fe de las personas¹⁴. Dejamos de ir a misa durante semanas, incluso en Pascua, y luego un cierto número no volvió más a misa (un tercio, como decíamos).

Ahora bien, ¿Qué ha sucedido dentro de las dos crisis que estamos viendo? Muy lúcido es el análisis de Don Ivo Seghedoni.

- “La ‘desaparición’ de la ‘práctica’ entendida como participación en la misa, ha disuelto los confines visibles, aquellos que definían con claridad el estar dentro o estar fuera. De improviso y quizás providencialmente, hemos vuelto a tomar conciencia nuevamente de que todos los bautizados pertenecen al pueblo de Dios, todos son llamados a vivir la alianza de vida y de amor ofrecida por Dios en Jesús. Con prácticas diferentes. Que ya no se trata sólo de la misa... Ahora que el Coronavirus nos ha hecho más semejantes, más fraternos en una fe común menos evidente, pero quizás más compartida, surge una pregunta... ¿Quién pertenece al Pueblo de Dios? ¿Quiénes son los cristianos? ¿Quién habría supuesto que esta pandemia habría reubicado los confines del pueblo de Dios, anulando la distancia entre quien practica y quien no practica? Haciendo, quizás, de ese modo, justicia de juicios apresurados, de recintos cerrados, de silenciosos mecanismos de exclusión hacia quienes – a diferencia de nosotros – a misa no van¹⁵.”

Son y se han manifestado creyentes muchos de aquellos que no forman parte de los practicantes, pero que son simples bautizados que hemos visto raramente, fundamentales en estas situaciones: los mé-

14 Lo paradójico de esta indebida transposición es que incluso los bautizados no practicantes se han convencido de no ser ya creyentes, desde el momento que no practican, visto que esta idea es la que nosotros proyectamos sobre ellos. Así pues, doble daño.

15 Seghedoni, *Non è una parentesi*, 145.

dicos y los enfermeros de los pasillos de los hospitales, las cajas de los supermercados, las personas que exponiéndose a situaciones de riesgo impidieron a la sociedad morir del todo, aquellos que han manifestado cercanía y solidaridad en muchas situaciones de emergencia. Tanto la secularización como el virus nos muestran que existen creyentes en todas partes, creyentes diversamente practicantes, y que podemos contar con una comunidad invisible, la que está fuera de los muros de la parroquia y de las actividades pastorales. Existe una iglesia no territorial que espera ser identificada, acompañada, sostenida. Antes incluso de la que se halla en salida está la que ya está fuera. He aquí pues una primera actitud operativa: no volver nunca a recomenzar basándose en la práctica para medir la respuesta de las personas a la gracia de Dios.

3.2. A nivel del anuncio

En las parroquias ha caducado todo aquello que nosotros no habríamos tenido nunca el valor de hacer: interrumpir los catecismos. Y, justamente esto es lo que nunca deberá hacerse: regresar a las salas de catecismo. La expresión resulta cruda, pero debe ser tomada en su sentido simbólico, sin por ello excluir el físico. La catequesis es una dimensión constitutiva de la fe, está atestiguada en toda la tradición desde el Nuevo Testamento hasta hoy. Pero la misma ha asumido muchas formas en la historia de la Iglesia. La forma escolar llamada “catecismo” no tiene ni siquiera 500 años, respecto a los 2000 del cristianismo. Interrumpido el catecismo no por ello se ha interrumpido la catequesis. ¿Cómo ha reaparecido? Se ha configurado como retorno a la Palabra de Dios y como espacio de narración de las vivencias personales, eclesiales, familiares, sociales. Hambre de Palabra y de palabras, esto sí. Piénsese en cuantas personas seguían la misa de las 7 del Papa en Santa Marta hasta la homilía para tener una palabra que les ayudase a vivir aquel día. Aquí ha nacido algo importante, hermoso y significativo. Así pues, no volver a ocupar las clases de catecismo significa recuperar la dimensión narrativa de la catequesis, entrelazando los tres relatos que introducen en la fe: la “narratio plena” de las Escrituras, los relatos de vida de las personas como historias vivas de salvación, la historia testimonial de quien anuncia. La Iglesia como depositaria de los relatos. Incluso las síntesis de la fe y

los dogmas, que se hallan sintetizados en los catecismos, recuperarán entonces vida como los huesos resecaos del profeta Ezequiel.

3.3. En la relación entre comunidades cristianas y familias

Ha sucedido lo que no nos esperábamos. Habitados a culpar la familia y a los padres porque “no dan ejemplo a sus hijos” y a los muchachos, porque “son más superficiales que los de antaño”, hemos caído en la cuenta de la pobreza de la comunidad misma. Nos hemos encontrado frente a dos fragilidades: la de las familias y la de las comunidades cristianas. También aquí como anteriormente hemos puesto a cero las cuentas. Así, en parte, nos hemos reconciliado y hemos comenzado a mirar a las familias con ojos diversos. Esto es lo que debemos continuar haciendo. La famosa y sacrosanta frase “vosotros sois los primeros educadores de la fe”, dirigida a las familias de todo tipo y de todos los niveles de fe, debe transformarse de reprimenda en aprecio, conjugada en los términos de un reconocimiento de todo aquello que solo en una familia, por más pobre que sea, puede suceder: la iniciación a la vida humana, a las relaciones recíprocas, al perdón, al servicio, al respeto. Ser un buen papá, ser una buena mamá. Sobre esto y sólo sobre esto la comunidad eclesial podrá implantar el proceso de iniciación en la fe, que será siempre una iniciación a la vida humana, una vida según la gracia y el estilo del evangelio. Estaremos agradecidos a aquellas familias, en adelante pocas, que inician explícitamente en la fe y en sus gestos, pero estaremos agradecidos a las familias que inician a la vida y a sus valores y las animamos a hacerlo. Somos conscientes de que la familia es un espacio vital y frágil. Al mismo tiempo reconocemos que la comunidad cristiana es un espacio vital igualmente frágil, un lugar vital no raramente “no lugar”. Aceptamos apostar sobre el hecho de que la unión de estas dos fragilidades no es necesariamente una alianza frágil: puede ser una alianza fuerte, apoyándose recíprocamente para una vida humana vivida en perspectiva de evangelio.

3.4. En la celebración de los ritos

También aquí, aunque muy tímidamente, nos hemos sentido sorprendidos. La iglesia se ha desplazado a las casas y nosotros no lo habríamos hecho nunca por iniciativa nuestra. No importa en

cuantas, cuenta que haya sucedido. Cuenta que en algunas casas se haya montado, durante el triduo pascual, una mesa con la palabra de Dios abierta, una luz encendida, un pan partido, un cáliz de vino, un ramo de flores. Cuenta que haya tenido lugar una celebración doméstica presidida por una ministerialidad familiar, laical, frecuentemente femenina. Cuenta el que los ritos hayan retomado lugar en la vida y que se haya comenzado a apreciar su sabor. He aquí lo que no debemos volver a hacer: secuestrar nuevamente las celebraciones y volver a encerrarlas en nuestras iglesias, haciendo que vuelvan a ser exclusivamente clericales, a pesar del lenguaje de la “celebración comunitaria”. Tener cuidado de aquello que apenas ha brotado significa alentar los pequeños ritos personales y familiares, ritos de fe a la medida del tiempo, del espacio y del lugar de una familia normal. De esta ritualidad familiar reactivada podrá quizás un día nacer el valor de hacer aquello que nunca haremos solos: reabrir el dossier de nuestras intocables formas celebrativas, para que los ritos vuelvan a albergar la vida y sólo así liberen su potencia al darles una forma nueva, redimida y salvada.

También sobre este punto es significativo el testimonio de Don Ivo Seghedoni, sacerdote de Módena, quien caminando apenado en su iglesia vacía uno de los domingos del confinamiento, anotaba:

“No se trataba de deambular pensativo dentro de una iglesia vacía, sino más bien de darse cuenta de que la Iglesia estaba en otra parte. Estábamos buscando entre los muertos. Lo que estaba vivo no se encontraba allí: no podía estarlo, porque allí su presencia estaba impedida, pero estaba. Estaba en otra parte. Estaba dentro de las casas donde las familias vivían su oración doméstica. Y lo hacían, activando toda una serie de acciones pastorales que, en la iglesia, no habrían sido posibles. Lo hacían creando un espacio adaptado dentro del ambiente festivo, tomándose un tiempo consensuado entre los varios miembros de casa según un horario elegido con libertad y no impuesto por el “negocio parroquial”, ... ofreciendo a los jóvenes un testimonio de una fe que no está hecha de observancias estables, sino más bien de una sencilla opción, cálida y hermosa, libre de rigideces y de rutinas... Hemos saboreado los primeros signos del nacimiento de una Iglesia reunida en las casas y recogida juntos según los instrumentos de que ahora disponemos, sintiendo el buen sabor de un pan que no tiene la riqueza y la solemnidad del pan bendi-

to en nuestras cuidadísimas eucaristías dominicales, pero que tiene la fragancia y la sobriedad del pan compartido en familia. Diferente, pero también nutritivo y suficiente para continuar el camino”.

Don Ivo concluye ofreciendo una interpretación positiva de aquella afirmación que nos asusta: el final de la sociedad parroquial. Este final no deja el vacío, pero ya está floreciendo “la aurora de una Iglesia que deja el espacio sacro”, “una Iglesia que no va a la iglesia. O que no hace del ir a la iglesia su distintivo. El rostro y la forma de una Iglesia que vive en las casas, de una Iglesia que se abre a una nueva forma misionera”.

4. Favorecer los procesos

El error más grave que podemos cometer es el de limitarnos a ocupar los espacios perdidos durante la pandemia, lo cual, en parte, ya ha sucedido. Espacios no sólo físicos, sino también mentales, de hábitos, de ritmos, de estructuras. El vacío de espacios ha permitido el lanzamiento de nuevos procesos. Estos son los que hay que promover. Procesos ¿de parte de quién? De todos los sujetos implicados. La desviación actual, con frecuencia muy profunda, entre lo que la gente pide y lo que el evangelio ofrece es de las dos partes, no de una solamente. Es la diferencia del don de Dios con respecto a la demanda de la gente, pero también respecto a la propuesta de la Iglesia, de su pastoral, de sus ritos y de sus celebraciones. Nosotros somos muy perspicaces en ver la distancia entre la demanda de la gente y el don de Dios, pero frecuentemente ciegos en darnos cuenta de la distancia entre el mismo don de Dios y la forma eclesial que le estamos dando. La pandemia nos ha puesto sobre aviso. Y es una diferencia favorable, en la medida en que, aceptando todas sus dificultades, también la comunidad cristiana se dejará guiar por el evangelio y por la gente hacia una forma de fe y de ritualidad que tenga el sabor de la vida. Esto significa para la Iglesia vigilar para que sus formas controladas y oficiales (creencias, ritos y normas) no solamente no se desconecten del acontecimiento cristiano y de sus fuentes, así como tampoco se cristalicen perdiendo el contacto con la vida de la cual y en vista de la cual han nacido. Esto significa también renunciar a fijar definitivamente las formas históricas y canónicas de la fe (convirtiéndolas en “espacios”) y aceptar que la doctrina y la

catequesis, la liturgia y todas las modalidades celebrativas, la praxis cristiana y el patrimonio ético asuman el desafío de la inculturación (es decir sigan siendo “procesos”), a fin de que el evangelio y sus formas expresivas se conviertan verdaderamente en buena noticia para la vida de cada uno y en cada cultura.